

El patriotismo en las democracias

Jueves, 27 de julio de 1939

Una impresión mezclada de admiración y de sorpresa ha seguido en todas partes, incluso en el seno de las democracias, al decidido despertar del patriotismo en los países libres. Se creía asistir a un espectáculo inaudito: y sin embargo resultó una sorpresa que era asombrosa, y, para demostrarlo, era necesario no tener en cuenta los hechos de la razón ni los de la historia.

!Error profundo el de la supuesta inferioridad de las democracias para un esfuerzo prodigioso de patriotismo! Por el contrario, podemos decir, comparándolas con los Estados autoritarios dictatoriales, que la ventaja está en provecho de las primeras. Aunque haya unas maravillas de organización —o de puesta en escena— que una dictadura permite cumplir, y aún reconociendo la fuerza del patriotismo excitado, o más bien sobreexcitado, bajo un régimen así, descubrimos en el fondo de la realidad que la fuerza sólida, permanente, útil o temible, sobre la que se apoya sólo es lo que permanece del impulso de la conciencia nacional del país oprimido; y ello no por el esfuerzo del régimen totalitario, sino a pesar de ese régimen.

En el seno de las democracias, el patriotismo es más natural, más fuerte, más seguro; en definitiva, perfecto. Es más natural y explicable, porque no le pide a nadie el culto idolatrado, hecho en el altar de un hombre, ni de sacrificio en nombre y en provecho de un partido privilegiado que aplasta y persigue a los demás y los pisotea. En una sociedad democrática, el patriotismo sólo es la preocupación meditada e instintiva de la propia existencia, con toda la energía de la vida misma aumentada por el sentimiento de la continuidad nacional. Cada uno sabe que se defiende a sí mismo y a los suyos.

Un patriotismo así es el más fuerte porque reúne las dos grandes fuerzas para la lucha que son el número y la moral. Existe un acuerdo general y libre de las voluntades, en vez de la inanidad ficticia e impuesta. Existe también, por el consentimiento eficaz, y no fingido de la voluntad nacional, la conciencia serena y tranquila de la necesidad y de la legitimidad, del esfuerzo solicitado; porque de un lado, el freno de un gobierno responsable evita locuras impulsivas

de una multitud desorientada, y, del otro, el peso de la voluntad del pueblo impide las audaces aventuras de la ambición personal, en fin, está la conciencia de una causa justa y de una necesidad inevitables.

A fin de cuentas, y mirando al desconocido, lejano y siempre inquietante futuro, el patriotismo de las democracias es el más seguro porque tales sociedades nacionales han contratado con ellas mismas —es decir con la única empresa que no puede quebrar— la seguridad y la contra-seguridad, frente a los riesgos de sufrimientos prolongados por el sacrificio de las desgracias obstinadas de la fortuna.

La perfección lógica y probable del patriotismo en las democracias consiste en la eliminación racional de los excesos y de los defectos de ese sentimiento, que debe ser y permanecer libre de exageraciones y de flaquezas para la salvación del régimen. Este aconseja, y casi exige, no intentar la aventura de las anexiones injustas, las conquistas imprudentes. Una vez acometidas tales empresas, los Estados democráticos llevan en su seno otro cuerpo nacional extranjero y no asimilable cuya molestia perjudica inevitablemente al régimen; porque el libre juego de la soberanía nacional supone la existencia de una conciencia unida y acordada. Un Estado conquistador necesita trabar el juego de las instituciones libres y disminuir los derechos políticos, y, después, alejarse del régimen democrático.

Pero un régimen así no puede tampoco sufrir la falta o la tibieza del patriotismo, porque entonces se derrumbará como Estado antes de perecer como nación. La experiencia histórica está ahí, y demasiado cerca en el espacio y en el tiempo. Hubo gobiernos de extrema izquierda que, habiendo olvidado el ejemplo y las lecciones de patriotismo dado por las triunfantes revoluciones, habían descuidado y a veces herido el amor a la patria. El riesgo era mortal; y los perdedores comprendieron, pero cuando era demasiado tarde, quizás con un arrepentimiento sincero, pero tardío, quisieron hacer un llamamiento al patriotismo que antes habían despreciado, en nombre del internacionalismo utópico o del particularismo estrecho. El llamamiento sonaba hueco y falso, caía en el vacío, porque el espíritu nacional no puede confiarse a aquéllos que nunca lo han sentido con fuerza. Aquéllos que han caído víctimas de su extravío habían olvidado que el Estado democrático debe ser, ante todo, nacional, patriótico. La gran Revolución, que suprimía los privilegios, reservó para el pueblo el de defender la patria contra los emigrados, que volvían bajo las banderas enemigas.